

## En el Camino de Santiago

Ese verano del 93 llevé a cabo buena parte de la ilusión que tenía desde hacía tiempo, recorrer el Camino de Santiago. Siempre quise hacerlo entero, desde Roncesvalles a Compostela. He hecho buena parte de los tramos del Camino, pero con intermitencia, y esta vez un grupo de amigos nos propusimos recorrerlo desde Castrojeriz, en la provincia de Burgos, hasta el Sepulcro del Apóstol. El jefe indiscutible era Jaime Valdivielso, un alavés magnífico, de Llodio, experto en el Camino, que había recorrido en buena parte y que conocía hasta en sus últimos detalles la historia, la leyenda, la literatura. Con él iban Urquijo y Joaquín Jiménez, magistrado del Tribunal Supremo. De nuestro lado, Jaime Mayor, Íñigo Méndez de Vigo, José Pedro Sebastián de Erice, los Jorro, mi mujer y mis hijos. Marcelino había ido por delante reservando habitaciones en los distintos lugares donde pernoctamos.

La salida fue desde Castrojeriz, el sábado 10 de julio, si bien la víspera nos concentramos en el Claustro de San Juan de Ortega, en la provincia de Burgos, donde un rayo de sol —en los días cercanos a ambos equinoccios— ilumina todos los años a las cinco de la tarde un extraordinario capitel románico que representa la Anunciación, el Nacimiento, la Epifanía y el anuncio de los pastores. Allí participamos en un animado coloquio con el hospitalero, oímos la misa celebrada por el párroco del lugar, don José María Alonso, y luego tomamos una buena sopa de ajos que antes bendijo el sacerdote con las mismas palabras que se utilizan en la Universidad de Oxford al comienzo de cada comida: *Benedictus, benedicat*.

Para nuestra peregrinación contábamos con una furgoneta Mercedes que nos había proporcionado el Presidente de la casa, Carlos Espinosa de los Monteros, y que conducía Antonio Noriega, una persona excepcional, muy querido amigo y que sería ayuda imprescindible en todo el recorrido. Su tarea era recoger nuestros equipajes por la mañana y llevarlos al lugar de destino, pero estaba terminantemente prohibido subir en ella durante la marcha.

La llegada a Castrojeriz fue impresionante. Un gran cerro con un imponente castillo que dio nombre a la ciudad en el siglo X: *Castrum Sigerici*. A la entrada se observa la antigua Colegiata de Santa María, con una preciosa talla de la Virgen a la que Alfonso X el Sabio dedicó tres de sus famosas *Cantigas a Nuestra Señora*. A ella nos encomendamos para que nos ayudase en el Camino.

Salimos luego con gran espíritu rumbo al oeste, lo que sería una constante para toda la ruta, cruzamos el río Odrilla, donde me saludó, muy amable, una pareja de motoristas de la Guardia Civil y empezamos a ascender. La colina, desde la que se domina una vega riquísima con un par de pueblos, uno a cada lado del Pisuerga, que se vislumbran en la lontananza: Itero del Castillo e Itero de la Vega. En este último paramos en un refugio de peregrinos a tomar unos refrescos.

Enfilamos a Boadilla del Camino, y por el camino paralelo al Canal de Castilla, donde Jaime Mayor tuvo la primera tentación de tirarse a nadar, llegamos a Frómista, admirando la tecnología de las esclusas del Canal, que permitiendo el transporte de mercancías, dio vida a la zona durante tanto tiempo y ahora servía alternativamente de arteria para el regadío.

Llegamos así a Frómista, que es uno de los lugares privilegiados del Camino. Lo primero que llama nuestra atención es la Iglesia de San Martín, conjunto monacal fundado por la Reina doña Mayor, esposa de Sancho el Mayor de Navarra. Cansados por la jornada, reposamos un rato en el Hostal del Camino y por la tarde visitamos la iglesia de San Pedro. Un guía nos dio una información que a mí me interesó especialmente: que de Frómista era un fraile nacido en 1190, San Telmo, que sirvió en la corte de Fernando III el Santo y murió en la ciudad de Tuy, en Pontevedra, donde se le proclamó patrón de los navegantes. Lo ligué entonces con el nombre del museo más famoso de San Sebastián, que lleva su nombre.

Por la tarde fuimos a Villalcázar de Sirga, que tiene una preciosa catedral-fortaleza, encomienda templaria dedicada a la Virgen Blanca. En ella «cabe» todo el pueblo. Don Ramiro, el párroco, nos dio una completa información de lo que la iglesia encierra y por la tarde escuchamos un concierto de órgano con música del barroco español. Cerramos la jornada con una cena medieval en casa de Pablo Payo, que a toque de trompeta nos fue anunciando los platos y nos ofreció hospitalidad.

Al día siguiente tocaron diana a las seis menos cuarto de la mañana, oímos misa muy temprano y nos adentramos en la infinita Tierra de Campos: Villovieco, Revenga de Campos, Villarmentero de Campos, que fue el granero de España, y Carrión de los Condes donde nos acogieron las monjas clarisas, a las que compramos sus deliciosas pastas. Hasta allí vino al encuentro Pablo Payo, «Mesonero Mayor del Camino», y me impuso con gran solemnidad una Concha de Plata. Por la noche en las clarisas escuchamos un concierto de «Canciones y danzas a los peregrinos medievales», interpretado por el Grupo Mediaevum de Burgos y, maravillosamente, por María José Arnaiz, que además era profesora de contabilidad en la Facultad de Empresariales de Burgos.

El lunes arrancamos la marcha por un camino pedregoso. A unos siete kilómetros. Paramos a desayunar en Calzadilla de la Cueva, donde además del chorizo y demás embutidos que yo no tomaba, nos ofrecieron unos maravillosos productos dietéticos naturales, que nos permitían andar con presteza.

Lo impresionante del Camino es cómo unas veces se va acompañado y se forman grupos de cuatro o cinco y luego con toda naturalidad uno se adelanta o queda rezagado, porque siente la necesidad de estar un rato solo con sus rezos o sus pensamientos, o simplemente disfrutando del paisaje y trabando conversación con un japonés o con un inglés o un norteamericano que nos cuenta lo que ha visto y lo que ha sentido, lo que le ha impulsado a hacer el Camino. Y puede que más tarde volvamos a encontrarles, estableciéndose así con alguien que no habíamos visto antes, y probablemente no volveremos a encontrarnos nunca, una comunidad de espíritu que religa unas veces la común visión espiritual o la cultural, o simplemente humana, y brota una amistad espontánea en ese recorrido de unos kilómetros del Camino.

Llegamos a Sahagún cerca de las tres de la tarde y nos instalamos en el Hostal la Codorniz, donde probamos unos buenos vinos leoneses. Después de descansar un rato visitamos el convento de la Madres Benedictinas, donde está enterrado Alfonso VI, fundador de la ciudad. Allí convivían pacíficamente árabes, judíos y francos con leoneses, bajo la orden de Cluny. Desgraciadamente la ciudad ha sido invadida por el ladrillo y ha perdido gran parte de su encanto.

En el hostel no pudimos desayunar y nos limitamos a tomar unas magdalenas y algo de fruta y nos lanzamos a recorrer un largo trecho hasta Mansilla. El amanecer es maravilloso. Lo hago con Jaime Valdivielso, que todos los días hace un diario que es en el que me apoyo para escribir estas memorias. Sin él no hubiéramos podido hacer el Camino. La capacidad de organización, su don de mando y su simpatía sin límites han sido factores decisivos y nunca se lo agradeceremos bastante. Cada vez que recorro algún tramo del Camino, le recuerdo con el mayor afecto y cariño.

Cuando íbamos contemplando el paisaje y cambiando impresiones sobre el camino recorrido encontramos a un peregrino solitario, con mochila grande a la espalda. Era un danés que salió de su ciudad el 15 de marzo y había llegado a pie desde allí. Él vivía cerca de un pueblo que estaba en la ruta jacobea procedente de los países nórdicos. Escribía todos los días una postal a su mujer y todas las semanas una carta, relatando lo sucedido, y ésta la distribuían entre sus amigos. Su difusión alcanzaba a cerca de cien personas.

En Mansilla nos hospedamos en el Hostal Las Delicias, que no hacía honor a su nombre. Fue lo peor del recorrido. Aunque dudamos si debíamos cambiar, estábamos tan cansados que decidimos quedarnos. Por la tarde recorrimos territorios de los templarios, admiramos la iglesia de Santa María la Real, de monjas cistercienses, y acabamos con una cena de picoteo junto a la carretera.

La etapa siguiente fue León. Como sucede con las grandes ciudades, el acceso está supeditado a carreteas y barreras urbanísticas. Joaquín, nuestro magistrado caminante, nos describió la situación de la judicatura. Alcanzamos finalmente el Puente del Castro, sobre el río Torio, y llegamos a la catedral, que es sin duda una de las más bellas muestras del gótico español. Y confieso que esta vez sentí algo distinto a mis anteriores visitas, al sentirme inundado por el espíritu, como tantos otros millones de peregrinos en ese mismo lugar, con el mensaje luminoso, profundo y sublime que imprime la fe. Ante la puerta sur rezamos el ángelus y nos dirigimos al Hostal San Marcos, donde se cuenta que residió Francisco de Quevedo cuando fue desterrado por Felipe IV. Visitamos luego la Real Basílica de San Isidoro, una de las más importantes del Camino.

En San Marcos nos alojamos. Después de tan largo recorrido, nos supo a gloria descansar en aquellas magníficas habitaciones, que nos relajaban de la dureza de la peregrinación. Comimos opíparamente en un restaurante próximo al Hostal y disfrutamos con un magnífico revuelto de morcilla, una carne excelente y unos buenos vinos.

Al día siguiente, después de tomar el desayuno en el hotel, donde logramos que nos lo prepararon antes de la hora habitual, comenzamos nuestra marcha caminando por el borde de la carretera y pasamos por la Virgen del Camino y luego por un nudo de autopistas y ampliaciones de carreteras. Es uno de los tramos menos atractivos del Camino. Por fin, sin problemas, llegamos al Hospital de Órbigo-Puente Órbigo un día que coincide con la celebración en la vega del río del día del jubilado.

Al final de cada etapa lo primero que hacía es comprar los periódicos, rellenar una palangana con agua, sal y amoniaco y darme un baño de pies, mientras leo las noticias; y a continuación vamos a comer. Esta vez lo hicimos en el hostel, que estaba

abarrotado, y por la tarde, después de un merecido descanso, paseamos por el pueblo, que era todo fiesta y verbena. Recorrimos el puente, que es una preciosidad, y escuchamos a un espontáneo que nos describió su historia, su reconstrucción y luego nos habló de la modificación de la estructura agraria y económica de la zona gracias a los regadíos.

El viernes 16 de julio desayunamos, como siempre, a las seis, y salimos cantando himnos populares. Jaime Mayor, que había estado en Madrid y volvió de madrugada, casi sin dormir se incorporó al grupo que encabezaba la marcha. En Villares de Órbigo vimos cómo unas mujeres trenzaban las ristras de ajos para venderlos en la feria del domingo. Nos llevamos alguna. Luego recorrimos unos maravillosos bosques cuajados de castaños en flor y llegamos a un alto donde se divisa medio mundo, y allí al fondo estaba Astorga. Paramos a tomar un café con mantecadas, recorrimos la estrecha calle de Santiago hasta la catedral, que fue en la Edad Media uno de los hitos más importantes del Camino y la ciudad principal entre León y Compostela. Según nos contaron, los zapateros astorganos estaban dispensados del descanso festivo para poderse dedicar, en esos días, a remendar el calzado de los peregrinos. Junto a la catedral contemplamos el palacio gótico modernista de Gaudí, que a mí personalmente no me entusiasma, convertido en Museo.

Seguimos luego adelante, dejando a un lado Castrillo de los Polvazares, que es un núcleo de arquitectura popular maragata y que fue donde situó Concha Espina su novela *La esfinge maragata*. De allí fuimos a un lugar que se llama El Ganso, que es un pequeño caserío con casas cuyos techos están hechos de paja de centeno y retama, sobre muros de mampostería, cuyo origen nos dijeron que se remontaba al neolítico. Al llegar a Foncebadón nos esperaban unos amigos de los Valdivielso, que nos invitaron a su casa, en cuya piscina nos dimos un baño memorable y repusimos fuerzas con una excelente comida del Bierzo, con vinos de la región.

La jornada del 17 de julio comenzó con una fuerte subida hasta llegar a la Cruz del Ferro, sobre un montículo de piedras cuyo volumen crece continuamente por la tradición de los peregrinos —que cumplimos como era de rigor—, que depositan cada uno la suya como testimonio de su paso.

A pocos kilómetros de allí encontramos El Acebo, un pueblo-calle en el que se asoman los balcones de las casas formando un largo mirador. Allí vimos un original monumento: una bicicleta entrelazada con un bordón, una vieira y una calabaza, recuerdo de un peregrino que concluyó allí su aventura jacobea.

Descendimos luego hacia Molinesca, donde disfrutamos mucho con la variada vegetación, que cambiaba constantemente frente al río, donde algunos nos bañamos siguiendo a Jaime Mayor, que era siempre el adelantado en el chapuzón. Vimos un inmenso chopo de más de treinta metros de altura. También empezamos a ver cerezos, que nos tentaron en nuestras dos siguientes etapas. Por supuesto caímos en la tentación en algún caso, con permiso del dueño. Por fin llegamos a Ponferrada, por una indecente y maloliente escombrera.

El 18 de julio, domingo, oímos misa a la salida del pueblo, cruzamos extensos viñedos y llegamos a Cacabelos, antiguo señorío de la Mitra compostelana, y visitamos el Santuario de la Quinta Angustia, donde se guarda un Niño Jesús jugando a las cartas

con San Antonio. Luego llegamos a Villafranca del Bierzo, que es un lugar precioso, con magníficas casas y un palacio propiedad del gran compositor y director Cristóbal Halfter, donde nos atendieron maravillosamente y disfrutamos visitándolo. En Villafranca fue donde se fundó en el siglo XI el burgo de los francos. Los monjes de Cluny contribuyeron a su esplendor. La iglesia más conocida es la de Santiago, obra románica de una sola nave y una preciosa portada que se llama Puerta del Perdón. El paso por ella aseguraba a los peregrinos que estuvieran impedidos para continuar el Camino las mismas indulgencias que si llegaran a Compostela. En la ciudad está la casa donde pasó largas temporadas el primer inquisidor de la historia: Tomás de Torquemada.

Al día siguiente, después de dormir en el parador, salimos hacia O Cebreiro. Por el camino encontramos a antiguos interventores del Partido Popular, que nos vitorearon al pasar y nos mostraron restos de la propaganda electoral. Iniciamos luego el ascenso al monte pasando por pueblos pequeños, prácticamente abandonados. Pasamos la laguna de Castillo, pueblo vacío donde la escuela aún conserva la placa de Instrucción Pública, y así iniciamos la entrada en Galicia, donde uno cree escuchar las dulces notas de la gaita gallega interrumpiendo el silencio de valles y montañas. Algo tiene de misterioso el Cebreiro, y a pesar de la dificultad de la subida confieso que fue una de las etapas en las que más disfruté.

Nos alojamos en una palloza rehabilitada para la hostelería y unos jóvenes estudiantes se encargaron de darnos acogida tratándonos admirablemente. A última hora oímos misa concelebrada por dos sacerdotes uruguayos que se incorporaron a nuestra cena.

A las seis y media de la mañana, después de dormir admirablemente y con la emoción de irnos acercando a Santiago, después de desayunar, uno de los jóvenes nos acompañó con una linterna, ya que había una niebla intensa y necesitábamos que nos iluminara la salida al Camino. Tuvimos que ponernos los chubasqueros, porque la niebla nos estaba empapando.

El primer salto fue a Triacastela que recibe su nombre de los tres castillos que la rodearon en el pasado. Se trata de una ciudad medieval con fuertes connotaciones peregrinas y una iglesia de Santiago que conserva la primitiva cabecera románica. Paramos para tomar un café, en el que mojamos unos riquísimos sobaos y seguimos hasta Sarria, donde estaba nuestro hotel, el Alfonso IX, magnífico y con servicio muy amable. Por la tarde visitamos el Monasterio de Samos. Yo había llamado previamente al abad, y como decía Jaime Valdivielso, nos recibieron «bajo palio». El padre Agustín nos acompañó y con el resto de la comunidad cantamos vísperas.

La abadía había sido uno de los centros culturales más conocidos en la Edad Media, pero, desgraciadamente, en la obra que contemplamos hoy no queda casi nada de épocas pasadas. Allí recordamos a un personaje cuya biografía de Gregorio Marañón yo había leído de joven: el Padre Feijoo.

Salimos por la mañana temprano, como siempre. Amaneció un día precioso. El camino era casi todo de hierba. En la vera del Camino, en Barbadelo, admiramos una pequeña iglesia románica dedicada a Santiago. Encontramos allí a un matrimonio alemán, con quienes tuve una muy grata conversación. Viajaban en una bicicleta tándem

con su equipaje a la espalda. Volveríamos a verles en el Hostal de los Reyes Católicos. Siguiendo nuestro recorrido encontramos una Compañía de la Guardia Real, que había iniciado una marcha a Compostela. Como iban a buen paso decidimos no quedar atrás y acabamos llegando antes que ellos a Portomarín.

Nos alojamos en el mesón, limpio y cuidado, y comimos una excelente tortilla de patatas y anguila. Por la tarde paseamos un rato y visitamos la iglesia parroquial, un templo de hace ochocientos años, cuyo bellissimo pórtico fue ornamentado por el Maestro Mateo. Oímos misa en San Nicolás, templo-fortaleza románica que perteneció a la Orden de San Juan de Jerusalén. Después nos acercamos a un obrador donde se elaboran las mejores tartas de Santiago. Me regalaron una, que llevé para la cena.

El 22 de julio salimos a la hora habitual, cuando todavía no había amanecido y se divisaba la luna que iniciaba su creciente, reflejado en las aguas del pantano. Marcó el paso esta vez Fernando Jorro y fue una delicia andar entre robles. Se había hecho, además, una gran labor de replantación, tal vez con árboles demasiado grandes, y muchos se habían perdido. De todos modos, el Camino había mejorado muchísimo, con senderos cómodos y las señales adecuadas. La señal que adoptamos en el Consejo de Europa aparece en buena parte del Camino, aunque haya otras de cada Comunidad e incluso de algunos municipios.

Atravesamos muchos pueblos, como Gonzar, Eirexe, Lestedo y Vilar de Donas, cuyo nombre viene de unas damas que costearon la construcción del monasterio y de la iglesia. Al final llegamos a Palas de Rei después de rezar el ángelus, y nos alojamos en el hotel Ponte Rioxan, donde almorzamos patatas con carne, regado con un Rioja alavés.

El día 23, después de desayunar abundantemente, iniciamos el camino. Era un día fresco y agradable. Encontramos poca gente en el recorrido, entre otros algunos conocidos de etapas anteriores. Hice una parte de la etapa con unos belgas, que me explicaron que en su país existía, para delitos menores, la redención de penas caminando a Santiago, una vieja tradición incorporada a las leyes vigentes.

Una de nuestras compañeras de viaje más animosa era Isabel Gómez Sanz, la mujer de Jorro, que era una verdadera atleta, que con garbo y excelente forma física nos dejaba a todos atrás. Además tenía siempre un buenísimo humor y estaba llena de vivacidad e ingenio. Hace dos años, de forma inesperada, un cáncer acabó con ella en muy poco tiempo. Siempre que recorremos el Camino la tenemos presente.

Hacía las nueve de la mañana llegamos a Melide y entramos en un café a tomar un segundo desayuno. Seguimos caminando y al cabo de un rato volvimos a ver pasar a los soldados de la Guardia Real. Era como un reencuentro de amigos. Por fin en Arzúa nos recibió el Alcalde, que era del PP y nos atendió admirablemente, dándonos un recuerdo de Sargadelos. Nos instalamos en el Hotel Suiza.

Paseamos por el pueblo y Jaime nos convocó a Junta General Económica, ya que nos acercábamos al final y había que hacer cuentas. Nuestro tesorero era José Pedro Erice, que había preparado todo con tal cuidado y rigor que nos confirmó lo que todos ya sabíamos: la quiebra de la sociedad que José Pedro nos había adelantado en múltiples ocasiones. Todo se arregló en un santiamén.

Antes de ir a descansar mantuve un rato de charla con Íñigo Méndez de Vigo y evocamos nuestros trabajos en el Consejo de Europa en relación con el Camino. Me recordó cómo nuestra principal preocupación, al lanzar la idea de que fuera Primer Itinerario Cultural Europeo fue la identificación del Camino, su señalización y su animación. En esta tarea fue muy eficaz la colaboración de José María Ballester. Para la señalización y con el fin de hacerla sobre bases homogéneas, lanzamos un concurso que tuvo como resultado esas señales que ahora aparecen en buena parte del Camino con la estrella dorada sobre fondo azul y mención de Itinerario Cultural Europeo.

Figuró también la inscripción en una losa que colocamos en el centro de la plaza del Obradoiro y que yo contemplo en todas mis visitas a Santiago. Y se logró una coordinación de la Administración Central con las Autonómicas por la que discurre el Camino y la de otros países, sobre todo Francia. Este diálogo fue un excelente remate de nuestro recorrido y la tranquilidad de nuestra contribución desde nuestras responsabilidades públicas, que ahora veíamos plasmadas en la realidad de nuestro Camino

El día 24 yo tuve un sentimiento distinto a todos los días anteriores. Era nuestra última etapa. Teníamos motivos de satisfacción. Todo iba discurriendo maravillosamente. La armonía entre los peregrinos había sido perfecta y buena parte de ello fue gracias a la mano firme y amable al mismo tiempo de Jaime Valdivielso, líder indiscutible, generoso, atento, solícito ante cualquier necesidad. Pero además de la satisfacción por el camino recorrido yo no puedo negar que sentía que aquello se acabase. Con Silvia, con los hijos y con tan buenos amigos había pasado unos días felicísimos.

Para mí el Camino es esencialmente dos cosas: una vía espléndida para el cumplimiento de la vida espiritual y una enérgica expresión de las raíces comunes de Europa. Al caminar hacia Compostela pude comprobar cómo implica una disposición personal, que se traduce en la práctica de unos valores que hoy mantienen su validez y vigencia: la solidaridad, el esfuerzo compartido, la búsqueda de un ideal común, la convivencia, el diálogo y el conocimiento del «otro» que se adquiere a lo largo de las distintas etapas. Por eso el que camina a Compostela regresa como persona nueva que ha conocido otros horizontes, que ha vivido con otras personas, compartido con ellos la condición de caminante y se siente como abocado por la propia naturaleza del camino a la idea misma de la trascendencia.

En muchos tramos del Camino, haciendo recuento de mi vida y de mi profesión y mis viajes por tantísimos lugares, tuve presente cómo al Camino de Santiago, tema de mi examen de licenciatura en Salamanca, era mucho más de lo que yo a los veinte años podía imaginar, era una realidad tangible que había hecho posible el entendimiento más allá de las fronteras en un tiempo de difícil y peligrosa comunicación individual y colectiva.

Estas relaciones fueron extendiéndose Europa adelante, hasta límites jamás sospechados, y todo ello contribuyó a la universalización del Camino, que se convirtió así en foco de cultura universal gracias al intercambio permanente con representantes de distintas formas de vida.

Y algo que descubrí en mi recorrido es que el Camino, que sin duda unifica, religa a las distintas culturas. No es, por supuesto, por la biología de la criatura humana, ni su psicología, ni por los factores socioeconómicos, ni los políticos. Lo que religa, lo

que vuelve al hombre a sus raíces más primigenias y esenciales es, a través de los proyectos de existencia, esa fusión cordial con lo trascendente. O lo que es lo mismo, la ligazón a la creencia entendida como una esfera de vida que abarca a todas las demás, que las unifica y, por eso mismo, las justifica.

De todo ello fui pensando en esta última etapa. Llegamos por fin a Lavacolla y avistamos el Monte del Gozo, donde tenemos la tristeza de que el desastre urbanístico y hortera haya estropeado buena puerta de ese lugar mágico desde donde se divisa el lugar en que está enterrado el cuerpo del Apóstol.

Superamos enseguida nuestra primera mala impresión, que se repite cada vez que uno llega allí, porque prevalece la emoción de lo que hemos recorrido y la ilusión de alcanzar la meta.

Entramos en la ciudad por la Puerta del Camino; el golpear del bordón se oye por los suelos de la calle de las Casas Reales, la Plaza de Cervantes, la Azabachería; todos ellos lugares que evocan el paso de millones de peregrinos que desde hace once siglos vienen a postrarse ante el Apóstol.

Nos acomodamos en el Hostal de los Reyes Católicos, hostel por excelencia de peregrinos, del que conservo tantísimos recuerdos. Abrazamos al Santo y nos reunimos todos a cenar. La mañana siguiente, misa en la catedral y dispersión de todos los muy queridos amigos.

Todos nos comprometimos a mantener viva la llama de la peregrinación que hemos repetido en el tiempo con el recuerdo entrañable de lo que faltan y los que nos han pedido venir. En este año 2010, nuevamente Año Santo, hemos vuelto a hacer el Camino, más corto que el anterior, pero con el mismo espíritu de cordialidad y efecto. Que el Señor Santiago, a quien nos encomendamos diariamente, nos dé fuerzas para volver en años venideros.

Recientemente he tenido el honor de ser nombrado presidente de la Fundación Ad Sanctum Jacobum Peregrinato, que ha estado muy activa en el año jubilar y que ha programado numerosas actividades, construyendo albergues, informando a los peregrinos desde sus oficinas en San Martín Pinario y organizando actos relacionados con el Camino y con las raíces cristianas de Europa. El gran impulsor de todo ello es un eminente catedrático de la Universidad de Santiago, Agustín Dosil, que con un valioso equipo de colaboradores realiza una admirable labor.